

Siete días con Anna Karina

Somos lo que hacemos cuando estamos solos, cuando creemos que nadie nos observa, cuando creemos que no hay testigos. Desde el balcón de su pequeño apartamento, en el séptimo piso de un céntrico edificio de La Habana, Álvaro Menoyo vuelve a detener la mirada en el rostro vibrante de Anna Karina. Está sentado en un carcomido sillón de madera, con una taza de café en la mano derecha y, en la izquierda, un pan y un cigarro completan el desayuno. Dándole sorbos al líquido oscuro y de sabor dulzón, observa con detenimiento la vida en uno de los apartamentos del edificio de enfrente. Es una calle estrecha, el ángulo es el indicado y las ventanas, abiertas casi siempre, ayudan a que Álvaro sepa en detalle todo cuanto allí sucede.

Sabe, por ejemplo, que la dueña es Mariam Almeida, de hermosos 57 años, soltera, sin hijos y con varias «amiguitas» que frecuentan la casa. Es discreto en su escrutinio y no saben ellas que alguien las observa, que alguien ha notado lo mucho que se parecen y reúnen, infaltablemente, cinco características: edad en torno a los 25 años, pelo de un intenso color negro, ojos saltones y muy expresivos, piel blanquísima y estatura no mayor a un metro con setenta centímetros.

Entre todo lo que sabe de Mariam, su apartamento y sus «amiguitas», sabe que es dueña de un hostel muy

coqueto ubicado cerca de allí, popular entre los turistas europeos. Sabe también que las «amiguitas» acuden de una en una, nunca se juntan y, está seguro, no se conocen entre ellas. Sabe, y es esto lo que más disfruta, de su desmesurada afición por Anna Karina, los impulsos sexuales que le despiertan las fotos de la actriz y las muchas veces que se ha masturbado frente al cuadro enorme que cubre toda una pared de la sala. Es una sensualísima foto de Anna Karina de 1962, mientras filmaba *Vivir su vida*, la película que tantas veces ha visto Mariam y Álvaro con ella, desde el balcón de enfrente, con una infaltable taza de café en su mano derecha.

Fue el 14 de diciembre de 2019 que Álvaro se mudó para su nuevo apartamento. No había pasado ni siquiera una semana y ya era dueño de una nueva afición: mimetizarse con la casa de Mariam, descubrir sus perversiones y misterios, todo lo que hace en soledad, sus masturbaciones ante el gran cuadro y los frenéticos encuentros sexuales con aquella pléyade de imitadoras de Anna Karina.

Con regalos caros, vacaciones de ensueño, caprichitos y sexo experto, Mariam las ha ido moldeando, como si fuesen figuras de barro antes de entrar a un horno y sus altísimas temperaturas. Suele casi siempre complacerlas y ellas, a cambio, deben cumplir con el peculiar deseo del que está Mariam tan orgullosa. Tienen que aprender a hablar francés y adquirir hábitos distintos, sensualidades de buen gusto, coquetería refinada, además de transformar sus cuerpos según sus exigencias y, una vez logrado el mayor parecido posible, no hacer ninguna modifica-

ción en su aspecto sin antes consultarle. Está claro que no todas imitan a la misma Anna Karina, sería aburrido tener cinco amantes exactamente iguales, y las instruyó para que cada una adquiriera el rostro y la personalidad de alguna de las varias facetas de la actriz. Tú serás la de *Pierrot le fou*, le dijo a una. Tú serás la de *Banda aparte*, le dijo a otra. Tú serás la de *Alphaville*, le dijo a la tercera. Tú serás la de *Una mujer es una mujer*, le dijo a otra. Y tú serás la de *Vivir su vida*, le dijo a Silvia, la más especial de todas, la preferida de Mariam.

Eran, las cinco, películas de la nueva ola francesa, dirigidas por Godard y símbolos de una generación, con mujeres que se mueven con soltura entre la incertidumbre, el idealismo y la actitud de *femme fatale* que Mariam tanto disfruta. Son la misma, sí, cada una de ellas es una imitación, minuciosas reproducciones de la original, con pequeños cambios que, casi imperceptibles, excitan a Mariam de forma vertiginosa.

Con cuatro imitadoras que se creen exclusivas y una que sospecha, que intuye la existencia de las otras, Álvaro Menoyo observa desde su balcón y son las cinco de la tarde del tercer viernes de octubre. Al otro lado de la calle, Mariam abre la puerta y se enreda con Silvia en un beso en el que se demuestran todo el cariño. Es un viernes como tantos otros, se desvisten con prisa, se besan, se acarician con fruición, gimen, se otorgan placer la una a la otra y no hay nada más importante que la escena sexual que ya han protagonizado antes, mientras Álvaro las observa desde su balcón, atraído más por la desnudez de Silvia que por la de Mariam.

De Silvia sabe también algunas cosas. Vive alquilada con tres amigas en una zona conflictiva de La Habana, donde los alquileres son un poco más baratos y sus exiguas entradas de dinero pueden pagarlo. No le fue difícil encontrar en Instagram toda la vida de Silvia. Fotos de Anna Karina, fragmentos de películas, recortes de las escenas más famosas y fotos en el gimnasio.

Alma libre. Amante del café. Feminista. Cinéfila. Melómana. Anna Karina lover. En mi cuerpo están todas las preguntas y todas las respuestas. Así se define Silvia en el encabezado de todas sus redes sociales y, para Álvaro Menoyo, es esta descripción una fachada, un molde preestablecido, algo que mucha gente dice sobre sí misma con la única intención de encajar y que, al eliminar la fina capa de barniz, encontramos a millones de personas superficiales, mucho más aburridas e intrascendentes.

No son pocas las cosas que sabe Álvaro de Silvia, y no son pocas las conjeturas que ha elaborado sobre su personalidad. Es el sábado después de ese viernes intenso, poco antes de las siete de la tarde, y Silvia está agazapada junto a un árbol de tronco grueso, vigilando la entrada del edificio de Mariam y mirando insistentemente hacia arriba, con los ojos fijos en las mismas ventanas que Álvaro observa con frecuencia y facilidad. Una larga sogá con un gancho en la punta, utilizada por Álvaro para subir y bajar bolsas durante los aciagos días de la pandemia, fue el vehículo para trasladarle un mensaje. «Desde aquí se ve mejor», escribió Álvaro con un bolígrafo de tinta azul sobre una hoja amarillenta y, después de desli-

zar la soga hasta la calle y hacer unos cuantos «ps ps» para llamar su atención, Silvia se acercó a la soga, descifró la letra apurada de Álvaro, desconfió durante un minuto, miró hacia arriba con discreción y prefirió arriesgarse, su curiosidad era más fuerte que su cautela, y subió los siete pisos de aquel edificio sin ascensor.

Habrá tiempo, por supuesto, para que recelen el uno del otro y acaben contándose sus verdaderas intenciones, pero están ahora en silencio, estudiándose, pegados a la ventana. Hay movimientos en el apartamento de Mariam y ven llegar a otra Anna Karina, las ven desnudarse, acariciarse, involucrarse en placeres compartidos y después, con mucha más calma, volver a vestirse, maquillarse, apagar las luces y bajar las escaleras. Las siguieron con la mirada hasta que, tomadas de la mano, gesto que enfureció a Silvia, desaparecieron del amplio campo visual que podía abarcarse desde el balcón.

Cuando regresaron, pasada la medianoche, borrachas y fogosas, ya Álvaro y Silvia se lo habían contado todo. Pasaron revista a la vida gris de un trabajador anodino del Gobierno Provincial de La Habana. Pocos amigos, pocas mujeres, muchos libros, muchas series, muchas películas. Soledad, calma y quietud que cambiaría por acción y aventuras, pero nadie nunca se lo ha propuesto y finge, como muchos otros, que el sosiego es escogido y no una mezcla entre autosuficiencia, apatía y falta de ambición. Cómodo en su mediocridad y con problemas de dinero, como casi todos en la isla, Álvaro Menoyo es deglutido por la burocracia, el desinterés y la poca felicidad que le genera su trabajo.

En el furor de contárselo todo, también pasaron revista a la infancia y adolescencia difícil de una muchacha hermosa en un pueblito remoto del centro de la isla, su tesón para salir de allí, vencer escollos, usar su cuerpo y sensualidad para allanarse el camino, mudarse para La Habana, estudiar en la universidad, tener un trabajo que no le gusta pero le da dinero, vivir alquilada con tres amigas en un barrio conflictivo y aspirar, como sueño no muy lejano, a traer a sus padres para La Habana y sacarlos de la vida en aquel pueblito deprimente al que mucho cariño le tiene, pero donde vivir es un suplicio cotidiano.

Álvaro y Silvia ya se han contado sus vidas, el sábado hace mucho que se convirtió en domingo y ya han empezado los siete días en los que Silvia estuvo casi todo el tiempo en casa de Álvaro, en el balcón, observando y elaborando los planes, sencillos pero eficientes, que le permitirían deshacerse de las otras Anna Karina. Álvaro sabía más que ella sobre todo cuanto sucede en el apartamento de Mariam, su complicidad era imprescindible y, sin que mediaran muchas explicaciones, así lo entendió Silvia. La cercanía entre ellos ha ido creciendo, por supuesto, y han debatido sobre sus gustos cinematográficos, se han prometido que verían juntos todas las películas de Anna Karina y han estado de acuerdo en que Tarantino es el cineasta favorito de los cinéfilos superficiales.

Palabras, palabras, palabras y, después de tanto hablar, tenían cada uno una certeza. Álvaro se percató de que no era falsa la descripción que encabezaba las redes sociales de Silvia. Su cinefilia era sincera, tal vez más sincera que la de Álvaro, y su amor por el café quedó demostrado en

las no pocas cafeteras que compartieron durante las prolongadas estancias de Silvia en el balcón, observando cada vez menos la casa de Mariam y concentrándose en la conversación con Álvaro. Ella, por su parte, se percató de las miradas, discretas según él, indiscretas desde otros puntos de vista, y desplegó las habilidades que estaban contenidas en la frase que usaba para describirse: «En mi cuerpo están todas las preguntas y todas las respuestas». Disfrutó mientras lo ponía aún más nervioso y él, atento a que todo fuese perfecto y Silvia se sintiera a gusto, permitió que Anna Karina le invadiera la casa, trastocara sus rutinas, volatilizara momentáneamente su soledad y, no sin torpezas, las torpezas lógicas de alguien que no está acostumbrado a la compañía, a cada petición de Anna Karina se sintió pleno al otorgar más síes que noes.

Silvia se reveló entonces como una muchacha de personalidad dominante, calculadora, rápida de mente y de ambición definida. Yo no puedo permitir que venga cualquier comemierda a joderme el negocio, le dijo y la expresión en el rostro de Álvaro se transformó en extrañeza, en la necesidad de que Silvia ampliara la información y se lo contara todo.

Fue así que supo del cáncer avanzado de Mariam y la intención de Silvia de convertirse en su heredera. Yo no quiero acelerar su muerte, le dijo, pero cuando ella muera todo lo suyo tiene que ser mío... Yo a Mariam la quiero mucho, le dijo a un Álvaro asombrado, pero esto es más importante que el cariño... Lo único que tengo que hacer es quitarme a las otras del medio, Mariam no tiene más familia y haría cualquier cosa por sus Anna

Karina... Y tú me vas a ayudar en esto, ¿verdad?, le soltó a bocajarro a un Álvaro confuso y él, sin salir aún del asombro, fue incapaz de decirle que no, no solo por la forma tan provocativa en la que Silvia se lo preguntó, sino porque estaba deseando decir que sí, ser pieza clave en sus planes y parte activa de su futuro.

El primero de los días de la estancia de Silvia lo habían empleado en conocerse, hablar mucho y vigilar con ahínco. La complicidad y la codicia no demoraron en ganarle el pulso a la prudencia. Ella estaba en casa de un desconocido y él alojaba a un cuerpo extraño en su ecosistema, pero las muchas palabras vertidas en aquel apartamento, acompañadas por dosis indiscriminadas de café, fueron suficientes para reducir la magnitud de sus desconocimientos. Fue al segundo día, un domingo tan soporífero como casi todos, que comenzaron a delinear las estrategias, y no les fue difícil, con la información que tenía Álvaro de cada una de ellas, y después de revisar con lupa sus redes sociales, deshacerse de las otras cuatro Anna Karina que, junto a Silvia, conformaban el universo fetichista de Mariam.

Patricia, la vocalista carismática de un pequeño grupo de *rock* que toca dos veces por semana en un barcito bohemio del Vedado, fue la primera en alejarse, el epicentro del más obvio y sencillo de los planes. Novio muy celoso, ajeno a la existencia de Mariam, y Patricia que, como si fuesen demostraciones de cariño, disfruta e incentiva las escenas de celos. No hay razones de peso que la unan a Mariam, piensan, a no ser el morbo y la adrenalina de jugar con su novio al gato y el ratón, él que-

riendo atraparla y ella escabulléndose entre infidelidades. Hay parejas que funcionan bien así y Álvaro y Silvia, piensan, no viven para juzgar, están para deshacerse de las Anna Karina sobrantes y así lo ejecutan. Hacer un par de fotos desde el balcón, cuando Patricia y Mariam estuviesen desnudas y enroscadas en sus efluvios sexuales, no sería tarea difícil, como tampoco sería complicado imprimir las, meterlas en un sobre y mandárselas al novio. Tendrían una escena fuerte de celos, él amenazaría con dejarla, ella le suplicaría, le diría que fue tan solo una vez, y serían los protagonistas de una secuencia típica pero funcional, de comedia romántica de domingo por la tarde, piensan Álvaro y Silvia en clave cinematográfica y, acto seguido, coinciden en que no están allí para hacer una obra de arte ni ganar un concurso de originalidad, están, vuelven sobre la misma idea y se la repiten cuando se desconcentran, para deshacerse de las Anna Karina sobrantes y así lo ejecutan.

El segundo de los días que Silvia pasaba en casa de Álvaro se les fue con una Anna Karina menos y la certeza de que para Mónica, bailarina del *show* principal del cabaret *Parisien*, con planes migratorios que Mariam desconocía, no era preciso que elaboraran estrategia alguna, solo dejar que el tiempo corriera y, en menos de quince días, Mónica se montara en un avión de American Airlines y aterrizara en el aeropuerto de Miami, donde la esperaba la media familia que había emigrado antes.

Fue al tercer día que las miradas y deseos de Álvaro explotaron del todo sobre el cuerpo de Silvia. Sentirse deseada aumentaba su fogosidad y, entre besos, caricias y

apretones, se quitaron las ropas y exploraron por primera vez sus desnudeces. La torpeza de Álvaro y la soltura de Silvia se juntaron con intensidad, ella lo condujo al pleno disfrute que él, le confesaría después, no había sentido nunca antes, y sucedió entonces una escena de fetiches, en la que Álvaro juraba que era Anna Karina, la Anna Karina de *Vivir su vida*, la que se movía sobre su sexo y le pedía que le apretara las nalgas.

Caminando desnudos por el apartamento de Álvaro, repasaron una vez más el plan elaborado para deshacerse de Thalía, la tercera de las Anna Karina, y estuvieron de acuerdo en que era perfecto. Sus desnudeces provocativas los volvieron a enredar en el roce pleno de sus cuerpos, en la voz cantante que llevaba Silvia y los movimientos que había aprendido luego de sus muchas y variopintas experiencias sexuales. Fue cuando Thalía llegó a casa de Mariam, mientras ellos las observaban desde el balcón, que se pusieron otra vez en marcha y volvieron a vestirse. No se deshicieron de ella con una nota ni una foto ni una visita amenazante, eso sería demasiado burdo y prefirieron jugar un poco, ponerse creativos y simular.

Thalía es estudiante de arquitectura, amante de la Bauhaus y de Cristina Peri Rossi, lee semanalmente el horóscopo, hace yoga, anda siempre en bicicleta, es tímida cuando está en público, divertida cuando la rodean personas de confianza y, sobre todo, es muy posesiva con sus parejas. Si sabe que Mariam está con otras, si sabe que existen otras Anna Karina, no tardaría en deprimirse y alejarse entre lágrimas y furia. Ese fue entonces el plan, enfrentar a Thalía con una verdad que era incapaz

de tolerar, una verdad que transformaría su relación con Mariam, bella mientras duró, en un recuerdo desagradable.

Cuando Silvia golpeó la puerta, con el mismo toque que empleaba siempre frente a aquella armazón de madera, fue Mariam quien se acercó para abrirle y, sin evitar la sorpresa, le dio un beso en la mejilla y la hizo pasar, aprovechando que estaba la otra en el baño y con la intención de despachar rápido a la recién llegada. Thalía no tardó más de dos minutos en aparecer y, como era previsible, fue tenso el encuentro de las Anna Karina. El rostro de Mariam se convirtió en «Trágame tierra», el de Thalía se quedó impávido, con las muecas de quien no entiende la situación, y Silvia, con ensayado histrionismo, se hizo la ofendida. Mariam no tuvo más alternativa que contarles la verdad, una verdad incompleta, con modificaciones, una mentira que parecía verdad y con eso fue suficiente para el éxito del plan. En la historia que Silvia y Thalía escucharon, sentadas en el cómodo sofá en el que otras veces habían gemido, las Anna Karina no eran cinco sino dos, ellas dos. Al contarles, reduciendo el número de amantes para que fuese menor el impacto, Mariam era consciente de la incapacidad de Thalía para tolerar el engaño. Se iría de allí con lágrimas en los ojos, después de golpear con fuerza el rostro de Mariam, y dar un portazo que merecería ganar un concurso. Fiel al guion, Silvia se marcharía poco después, con la justificación de que necesitaba estar sola para procesar lo que, le dijo a Mariam, eran novedades muy fuertes. Está claro que no eran novedades, y está claro, también, que Silvia no de-

moraría en perdonarla. Era parte del juego, una se marcha y la otra la perdona, una la había golpeado y la otra le exige más amor y compromiso, pruebas duraderas de cariño y una respuesta para la pregunta que tanto la sorprendió: «¿Y si nos casamos?».

Al otro lado de la calle, abrazados en el balcón, piensan Álvaro y Silvia que ha salido todo bien, se han deshecho de otra de las Anna Karina y han fortalecido la unión entre Silvia y Mariam, próxima a convertirse en matrimonio. Así termina el tercero de los días, con ellos besándose en el balcón y dándole vueltas a cómo sacar del juego a la quinta Anna Karina, la más difícil de todas.

El cuarto día se vieron solo a la noche, pidieron comida a domicilio, hicieron maratón de películas de Godard y delinearon la estrategia para deshacerse de María Paula Tejedora que aprendió el oficio de su madre y vende sus prendas en una feria de la calle Obispo, es la más antigua de las Anna Karina, la primera en llegar, la que ni se va del país ni es posesiva ni tiene un novio celoso, la que requiere el plan más elaborado, la que los ha puesto a pensar con más profundidad.

A lo largo del día cavilaron por separado, ella en la universidad y él en su descascarada oficineta del Gobierno Provincial de La Habana. Cada uno elaboró una estrategia y fue al comentarlas que se percataron de la complicidad que existía entre ellas. Distaban bastante la una de la otra, pero eran compatibles y la de Álvaro, con más atención a los detalles, suplía las flaquezas de la muy buena idea de Silvia. Así, encajando las piezas, retocaron un plan que les pareció robusto y al quinto día, con dos

objetivos muy claros, regresó Silvia a casa de Mariam. Lo primero fue ratificarle que lo de casarse no había sido una idea desesperada, fruto del subidón del momento, que era una petición real y deseaba que se cumpliera lo más pronto posible. El segundo de sus objetivos era revisar el teléfono a Mariam, aprovechar un despiste prolongado y ver sus fotos y conversaciones con María Paula. Debía, además, enviarle un mensaje como si fuese de Mariam, invitándola a tomar unos tragos a las seis de la tarde del día siguiente. No le fue difícil desbloquear el teléfono, revisar las fotos, mandar el mensaje y después, cuando sintió que Mariam cerraba la ducha, hizo una triquiñuela tecnológica para ocultar el envío del mensaje y que la respuesta de María Paula nunca llegara. Copió un su bloc de notas el teléfono de la quinta Anna Karina y se apartó del móvil poco antes de que, desnuda y con algunas gotas corriéndole aún por el cuerpo, Mariam saliese del baño y se acostase en la cama junto a ella, desnuda también.

Fase uno completa, le escribió a un Álvaro excitado, que observaba la escena desde el balcón y vio como los cuerpos de Silvia y Mariam volvían a enredarse en los estertores del placer. La segunda fase la llevarían a cabo en pareja, durante la tarde del sexto día, en la terraza de uno de los tantos bares del Vedado. María Paula llegó a la hora convenida, pidió un capuchino y no se desesperó, Mariam siempre llegaba tarde y no había, según ella, nada raro en la escena.

Con espejuelos redondos y bolso tejido, con el pelo corto y revuelto, con blusas de manga corta para exhibir los tres tatuajes de su brazo izquierdo, María Paula vive

gustosa de que todos le vacilen el *piercing* tan *sexy* que lleva enganchado en la nariz. No era, por supuesto, la primera vez que Álvaro y Silvia la veían, pero al estar tan cerca de ella, en el bar del Vedado al que Mariam no llegaría nunca, confirmaron lo que ya se habían confesado: les encanta María Paula, su cuerpo, su energía, su insistencia para cambiar de vida, su ilusión aventurera y su tan contagioso sentido de la libertad.

Lleva meses tratando de que Mariam la acompañe a darle la vuelta a Cuba, sierras, cayos, ríos, playas, corales, pueblitos perdidos y darle un beso en la frente a la escultura de José Martí que, hace más de setenta años, ocupa la cima del Pico Turquino, la montaña más alta de Cuba. La primera vez que se lo propuso, rebosante de ilusión, Mariam la llenó de falsas esperanzas, le dijo que en los próximos meses agarrarían las mochilas y explorarían juntas los recovecos de la isla, pero ha pasado más de un año y las mochilas siguen llenándose de polvo en el mismo rincón. María Paula insiste, Mariam inventa justificaciones y se va diluyendo entre ellas el «morirme contigo si te matas», el «matarme contigo si te mueres».

El plan consiste en que María Paula se encuentre, «casualmente», con alguien que la acompañe a ese viaje y así, con felicidad y sin dramas, Mariam deje de ser uno de sus asuntos importantes. Dos por uno, piensan Álvaro y Silvia, gana ella y ganamos nosotros. Por un momento valoraron la idea del *ménage à trois*, y después de pensarlo muy bien, después de caer en la cuenta de que ese viaje, de ocurrir, sería la trama perfecta para una película de la nueva ola francesa, llena de diálogos inteligentes, bellos paisajes y

giros tan poéticos como vertiginosos, desecharon el impulso y prefirieron la cautela del plan original.

Es fácil manipular a la gente con ilusiones, piensan, es fácil que atraviesen una montaña escarpada si alguien les hace creer que, al otro lado, está la fórmula para cumplir esas ilusiones que laten con intensidad. Todo sucedería bajo un axioma sencillo, «en un café se vieron por casualidad», como el inicio de *Masculino Femenino* de Godard y *11 y 6* de Fito Páez, obras que los habían acompañado durante la estancia de Silvia en el apartamento de Álvaro y que, casi sin querer, los llevaron a fabricar la escena siguiente.

Las coincidencias son siempre bellas, pero hay coincidencias que no son tales. Liliana apareció en el bar poco después de las seis de la tarde, parquéo a la sombra su pequeño carrito blanco, recién pintado y de solo dos puertas, intercambió un par de señales con Álvaro y Silvia, que la observaban desde la acera de enfrente, y se retocó el pintalabios en uno de los espejos retrovisores. Se sentó en la mesa que le habían indicado, una en la que María Paula no pudiese verla pero sí escucharla, pidió un capuchino y esperó a que, como estaba pactado, su teléfono empezara a sonar.

Cuando la voz de Liliana dijo «Sí, dígame», María Paula se giró sorprendida, hacía mucho que no la escuchaba y una sonrisa leve no demoró en alegrarle el rostro. Lo que dijo Liliana después, fingiendo una llamada telefónica, le hizo entender a María Paula que su exnovia, con quien compartió tres años de su vida y de la que se separó cuando apareció Mariam y le trastocó los sentidos, se iría de viaje a la mañana siguiente. «Tú no me puedes

hacer esa mierda a estas alturas», dijo Liliana compungida, y en esa llamada ficticia, parte de la maniobra para que María Paula hiciera lo que ellos querían, se quedó Liliana sin compañera de viaje, y la idea de irse sola le resultaba terrible.

Álvaro y Silvia habían conversado con ella por la mañana, le habían garantizado que aquella era la mejor estrategia para volver con María Paula, y le habían prometido, por supuesto, una pequeña tajada de lo que heredaran de Mariam. Liliana, tan o más aventurera que María Paula, aceptó sin pensarlo demasiado y el resto de la escena es fácil de intuir, se saludaron con un beso en la mejilla y María Paula vio la oportunidad perfecta para cumplir con su añorada vuelta a Cuba. Le pidió a Liliana todos los detalles del viaje y, antes de que la conversación cumpliera quince minutos, ya estaban convencidas de que viajarían juntas, que no pondrían fecha de vuelta, que María Paula vendería sus bufandas, bolsos, boinas, gorros, bikinis y blusas en las carreteras o en las playas o en bonitos pueblos de pocos habitantes, y que a la mañana siguiente empezarían, sobre las cuatro ruedas del pequeño carrito de Liliana, la vida nómada que tanto les atraía.

Y al séptimo día volvió Silvia al apartamento de Mariam, ya como única Anna Karina. Pero antes de bajar las escaleras y despedirse de Álvaro, se besaron desnudos y con fruición, sabedores de que, las más de las veces, la codicia une más que el amor, seguros de haber creado una fuerte complicidad, llena de sensualidades, aspiraciones, amor por el cine y las largas conversaciones que habían

sido, y seguirían siendo, el epicentro de la inesperada relación entre ellos.

Cuando Mariam le abrió la puerta, Silvia no demoró en desnudarse, embebida en el morbo de saber que, desde el balcón, Álvaro las observaba y su disfrute era tan genuino como el de ellas. Así sucedería durante los tres meses que tardó el cáncer en acabar con la vida de Mariam. Tres meses en los que Silvia, cada dos semanas, cambió su look para convertirse en otra Anna Karina, de la de *Vivir su vida* a la de *Alphaville*, de la de *Pierrot le fou* a la de *Una mujer es una mujer*, y así compensar las recientes pérdidas de Mariam. Tres meses en los que hubo testamento y boda discreta, en los que Silvia quiso que Álvaro cruzara la calle y se desnudaran juntos en una volcánica escena sexual, pero no hubo forma de que los convenciera, ni a él ni a Mariam, y tuvo que conformarse con la participación de Álvaro a través de las ventanas, solo con los ojos.

Fueron tres meses en los que Silvia durmió muy seguido en casa de Mariam, cuidándola, y el resto de las noches las pasó desnuda en el apartamento de Álvaro, viendo películas francesas y observando lo que hacía Mariam cuando creía que estaba sola. Tres meses en los que Silvia le daría muchas vueltas a la misma idea, hasta convertirla en una certeza de futuro y obligar a que, cuando fuese de ella todo lo de Mariam, Álvaro se transformase en un imitador de Jean Paul Belmondo, aprendiera a hablar francés y, ya instalados en el nuevo apartamento, acostumbrándose a los controles del hostel y las cuentas de Mariam, se concentraran en buscar, desesperada y discretamente, a alguien para que los observara desde el balcón.